

DEL CLOSET A LA FOSA

DEL CLOSET A LA FOSA

Copyright © 2013 Luz Román Restrepo.

Todos los derechos reservados.

Publicado por Luz Román Restrepo

ISBN 978-958-46-3638-6

Distribuido por Autores Editores

Luz Román Restrepo

DEL CLOSET A LA FOSA

No eres responsable de la cara que tienes, eres responsable de la cara que pones.

Anónimo.

PROLOGO

Hay vidas tan desacertadas que siempre pierden la brújula, siempre erran el golpe, viven en un histrionismo tan practicado en busca de un poco de socorro, que simplemente llegan a la culminación de la ridiculez.

Otras vidas tienen la insana manía de ser clasificadoras, unos verdaderos ficheros ambulantes prensados en moralismos que les arrancan el sueño cuando hacen una lectura de las historias ajenas con total desdén, poniéndole los matices que desean, según su propio juicio.

Algunas están en el medio, declaran a los cuatro vientos que gozan de una mentalidad liberal, pero son tan mojigatas que llevan a cuestras su conservador silenciado, amordazado, uno que siempre quiere rasgarse las vestiduras, de hecho, se las rasgan cuando la ocasión lo amerita.

Y hay vidas para las que el solo hecho de nacer es un desafío, se viene a ganar la guerra, una guerra sin estrategias, colmada de batallas épicas.

1-Noticia

Luz María descubrió a su hermano entre la multitud que corría en desbandada para escapar de un vendaval que en aquella fría mañana azotaba las calles citadinas, lo barrió con la mirada de la cabeza a los pies, Alberto solo venía acompañado por la lluvia del mes de septiembre, bajo las gotas que ya le escurrían y en medio de un viento cruzado que le vapuleaba el rostro, caminaba lánguido y con inseguras pisadas, cabizbajo, con las manos entre los bolsillos, el lacio cabello chocolate también destilaba el agua que caía sobre su abatido rostro, y la ropa mojada se pegaba para dibujar la figura del macizo cuerpo; levantó la mirada y se encontró con los ojos de su hermana, no la perdió de vista con un incesante retraimiento hasta que estiró los brazos que se enroscaron en ella queriendo desplomarse, y así permaneció, sin decir palabra en medio de ese abrazo contenido.

-¡Hola, no cambias, vas a llegar tarde incluso a tu propio entierro!

Mencionó ella mientras hacía una corta reflexión que se agitó bamboleándose entre sus palabras y la visión que tenía de su hermano.

Se dieron a la caza del lugar más escondido de la cafetería, atiborrada de gente que irrumpía para guarecerse, y entre tanto a ella le apretujaba su original e inusual delirio de ver “más allá” estaba medio eclipsada, viendo...más allá, ese algo disimulado, casi tenebroso, que su hermano parecía llevar a cuestas sobre su espalda y que lo hacía ver como atlas cargando el mundo.

-Aquí está bien-

Apuntó el, y se sentaron en un ángulo velado; Alberto se estremeció cuando un frío le subió asolándolo desde la planta de los pies, pero ese crudo hielo lo hizo sentir vivo, no importaba mucho si se veía amoratado o tembloroso, observó la gente que pasaba y después cerró los ojos para escuchar atento el aguacero que ya tamborileaba contra el vidrio, le pareció que crujía como el fuego sobre leña húmeda pero no dijo nada, un mutismo lo mantenía envuelto dentro de una nebulosa de la que no lograba salir. Entre tanto, a Luz María se le tamizaba un aire ramplón de intriga que se desplazaba dentro de su cabeza barriendo cada centímetro; la cita que había propuesto su hermano la tenía en vilo, y ya aparentaba estar en un corto circuito neuronal que le improvisaba una cara de atolondramiento insuperable, quiso dejar a buen recaudo su lengua, la aquietó con un sigilo anómalo, casi absurdo, cuidándose de no sonsacar palabras...quizás verdades que le quitarían el habla y hasta el aire, y ese algo terrorífico que la zarandeaba por dentro con sevicia comenzó a postularla en un entumecimiento mental, se sintió encerrada dentro de una bomba laqueada de la que se le hacía imposible salir, mientras el silencio tórrido de Alberto continuaba ciñéndola; recordó que hacía mucho rezaba y enviaba solicitudes al cielo para que no llegara el momento que bien sabía, estaba por vivir, su mirada voló por el salón, acometió contra todo, se abalanzó sobre objetos inanimados, se precipitó sobre las personas, franqueó el vidrio y se desplazó para encontrar la calle, fue y volvió hasta que al fin acertó en su destino, el escrutinio embistió de frente, se arrojó sobre la humanidad de su hermano, estimó que sus ojos café claro ahora no tenían el resplandor de antes y empezaban a tomar un color amarillento, los pómulos se notaban más prominentes y los labios estaban agrietados, el color tostado de su piel había mudado, en ese momento estaba apergaminada, entre caqui y... cianótica, y él, que siempre había presumido de tener sangre azul ahora veía cumplido su sueño, ese extraño color que arremetía en desvanecidos de café y grisáceos no mentía, ¡Ya tenía sangre azul!. Aunque su mente insistía en estar apaleada, turbia y circundada por una fumarada espesa, se anunció a sí misma que no la tendría fácil los próximos meses, y a pesar de sentirse aniquilada una brisa de espe-

DEL CLOSET A LA FOSA

ranza mezclada con cautela la barrió haciéndole una encerrona para forzarla a prolongar el mutismo caricaturesco que en realidad no conducía a nada, solo le calentaba más la cabeza porque ella distinguía al dedillo que su hermano tenía por decir algo que era como dinamita a la espera de un fosforo; pero él siempre fue así, como un cabestrillo, molesto hasta el cansancio aunque necesario para soldar un hueso roto, o todo un chicle pegado al zapato que cuanto mas se luchaba por arrancar más se engomaba; además siempre había tenido algo intrínseco, parecía con una franca licencia para desanudar los temores de ella, tenía la particularidad de desatar esos pánicos que guardaba en algún rincón de su sano juicio, y por ahora Luz María se negaba rotundamente a salir al encuentro de infortunios, su mundo estaba muy cómodo, aunque formaba parte de la vía láctea de su familia, -le había correspondido ser la cuarta de sus cinco hermanos- era como un planeta lejano, Neptuno, y si bien lucía como un punto muy diminuto y distante también brillaba, tenía sus propios satélites, con las lunas que la vida le había endilgado ya era suficiente para estar vigilante y ver que todas orbitaran correctamente, si, definitivamente no estaba para imitar a ninguna mártir ante el resto de la familia; pero como siempre fue la hermana más cercana de Alberto, (porque ellos eran como dos coletas en una cabeza, que viven por separado, pero no se pueden desunir porque pertenecen al mismo lugar) la que guardaba sus secretos celosamente, su compinche, ahora esa camaradería le iba a cobrar, se le envolvería como una serpiente pitón y no la dejaría respirar, su compadrazgo traería horas de verdadero terror.

-No hay duda, eres como un salmón, siempre nadando contra la corriente... Pensó, enzarzada en un dédalo de filosofías mientras ataba cabos y bebía sorbos de café para persistir en encubrir la manía que tenía -casi obscena- de aguzar los sentidos cuando se trataba de advertir "cosas".

-Me estoy muriendo, un bicho anidó en mi sangre y me está devorando- Alberto citó la frase con palabras que parecían vomitadas, declaradas en tono firme, conciso y claro, quizás duras, sin interrupciones en las sílabas, retumbaron en la mente de Luz María y se propagaron haciendo un retintín que no terminaba, entre tanto, ella lo miraba a los ojos, con los dientes apretados y la quijada contraída; algo por dentro hizo implosión y sintió que caía en un profundo hueco sin fondo, el descenso era vertiginoso, en una caída libre que parecía no tener fin, y aunque daba manotazos inútiles no se pudo sostener de ninguna orilla, a la caída se le incorporó una opacidad densa, el planeta se quebraba en dos y el estruendo quedó retumbando dentro de su cabeza; tardó para regresar del socavón donde se había zambullido bajo escombros, pero allí, dentro, había alcanzado a ver el bicho que se implantó en el cuerpo de su hermano para engullirlo poco a poco, tenía un nombre científico apocalíptico, era una sanguijuela trepadora que caminaba por cada célula, envenenando su sangre y arrojando una ponzoña que lo intoxicaba.

Las sillas de la cafetería pasaron de ser rojas a fundir todos los colores hasta quedar negras, un temblor interior involuntario se apoderó de ella, sus sospechas habían cobrado vida procurándole un golpe seco en la nariz, se agolparon, después se escurrieron y luego se diseminaron por la mente, iba a quebrarse de angustia queriendo romper en llanto, entonces, ralentizó la respiración y aguantó el aliento, apretó la mandíbula hasta sentir que las muelas crujían, perpetuaba su mutismo en un arrebató de valentía, no quiso hacer preguntas, sería como pedir cuentas, y así, con mirada vacilante, observó lo que no quería ver...a su hermano la vida se le estaba deslizando como un resbaloso pez entre los dedos.

Sacudió la cabeza con fuerza y se estremeció por dentro cuando enfocada en las palabras "bicho y anidó" tabuló todas las posibilidades de tratamiento y no encontró ninguna; y aun peor...ella no disfrutaba de un caldero con pociones burbujeantes, ni ungüentos o pócimas que lo sanaran, así que para los próximos sucesos solo había dos palabras sobrenaturales "Auxilio, socorro". Lo observó largamente y en una elipsis que la sobrepasaba, además, que podía decir: ¿Y colorín colorado, este cuento ha terminado? Con ojos encandilados lo veía dentro de un cuarto oscuro de donde porfiaba para salir antes que su vida cayera en efecto dominó, pero, ¿Cómo detener eso?, él tampoco habló, las palabras eran dejadas en el tintero, así que la afonía reinaba callando incluso el runrún que hacía poco se enarbolaba en el aire igual que un panal de abejas.

DEL CLOSET A LA FOSA

De nuevo lo cepilló con la mirada, Alberto siempre le había parecido un ser que dada vueltas como un planeta, por tiempos se perdía dentro de una conveniente nebulosa, y por otros se hacía tan denso que hasta a su propio universo le costaba sostenerlo, él había incoado en la vida de una tierra extraña, no redonda...cuadrada, con la alegría y la tristeza mezcladas y ensambladas en un extraño collage dentro de su propio ser, y aunque tenía el don de la invisibilidad, -así estuviera, no estaba...nadie lo veía- trepidaba sobre la conciencia de familiares, cercanos y lejanos, que sacaban el pecho para que sus preferencias sexuales no destruyeran la célula familiar, pero siempre le mostraban un cariño farisaico mientras lo lanzaban al aire sin dejarlo estrellar en el techo y lo recogían con los brazos abiertos sin dejarlo chocar contra el piso, familiares, conocidos, y amigos, que siempre le aplaudieron en cámara lenta, porque él era...toda una piedra en el zapato, de las que martirizaban, apretaban, de las que no dejaban avanzar porque se convertían en un punto de dolor que se escurría sempiterno por el cuerpo.

Al despedirse caminaron en direcciones contrarias; como siempre, la purgó la sensación de la piedra en el zapato, (que ahora no era una simple piedra, era el mismo asteroide que extinguió a los dinosaurios) creyó ser perseguida por esa rueda suelta girando en locomoción que era Alberto, fue imaginando de cabo a rabo cada detalle de lo que no tardarían en vivir; aligeró los pasos como si la estuviera amenazando la mala suerte encarnada en la enfermedad y el dolor de él, era mejor huir de ellos ... pero estos trasmutaron, eran unos imanes dominantes que la succionaban, cuanto más se afanaba más cerca los sentía, la acosaban en la nuca, la hostigaban en la garganta, la estrechaban en el corazón, la atosigaban en el cerebro, le susurraban al oído, total, la tenían tan acorralada, que de golpe se sintió girando sobre un remolino de agua turbia, como si fuera un corcho que da molinetes sin parar, se hallaba atiborrada de dolores...solidarios, su mente estaba comprobando el peso desmedido que suponía un repaso por la vida de su hermano y llegó a la conclusión que él era como un libro viejo, amarillento, de pasta arrugada y deslucida, curtido, con hojas remangadas, al que nadie quería echar un vistazo por su apariencia apolillada; pero quien que se aventuró a leer el primer capítulo permaneció indefectiblemente prendado a él, y simplemente caminó por la vida con su preciado libro debajo del brazo; ineludiblemente Alberto era un gran tomo para ella, uno que llevaba pegado a la axila, uno que desplegaba para leer cada tanto, uno donde encontraba la tragedia y la comedia, uno que la hacía llorar a los gritos y reír a carcajadas estrambóticas.

En vano trató por días de borrar la imagen aciaga y de mal agüero que había visto en Alberto, pero esta se unía con desazón a las intenciones intermitentes que se habían desatado en ella, y aunque anhelaba remontar la noticia no lo conseguía, era como volver una y otra vez a la misma canción, entonces, cuando llegaba una chispa de esperanza acerca de curar... lo incurable, pronto la reducía; dedujo que sería más fácil guardar dentro de su bolso de mano las pirámides de Egipto o la estatua de la libertad que escapar al destino.

2-El consultorio

Al siguiente miércoles Alberto se despertó temprano, orbitaba sobre un beneficioso hiperespacio, sus ojos se clavaron en el techo del dormitorio en penumbra que solo se interrumpía por un rayo de luz escurrido desde la lámpara encendida en el corredor; una ausencia de pensamientos lo invadió mientras su cerebro se preparaba poniendo ladrillo a ladrillo una alta pared que le iba a proteger, era cómodo estar así, en ese limbo no existía la angustia ni la desesperanza, podía quedarse a hibernar el tiempo que le quedaba de vida; su mente se encaramó hasta el cielo raso y desde allí observó el cuarto, de repente todo quedó remangado, reducido a un ínfimo espacio, sus pertenencias no cabían, pero aunque se tratara de los ajueres que un día vigiló con tanto celo, poco importaba, ya no le interesaba nada, lo más inesperado era lo poco que le afectaba ver todo comprimido y la paz que le imprimía el desprendimiento, el desplome de lo que hasta ahora lo anudaba trabándolo a la vida, ya solo era la luna de un planeta que orbitaba extraviado en alguna galaxia, nada le incumbía; pero como no todo es dicha, el reloj despertador volvió a repiquetear y lo succionó de nuevo a la realidad, eran las seis de la mañana y le convenía apresurarse porque a las nueve tenía que haber recorrido los 150 kilómetros que lo separaban de la ciudad, se ordenó a sí mismo levantarse y de un solo golpe se elevó en la cama, después se arrastró hasta el espejo, la imagen que se multiplicó estaba somnolienta y el verdadero Alberto parecía estar oculto detrás de un velo que lo cubría, miró detalladamente y lo que se dibujaba en el cristal solo era un reflejo tenue; sus manos viajaron hasta el estómago y determinó que el dolor de barriga que le asolaba no era un simple “dolorcito” ¡No, eso era un cólico miserere que no se curaba con pañitos de agua tibia! Y a eso se sumaron desidia y desgana por el desayuno; todo tenía un sabor pastoso, muy seco, tan pringoso que espoleaba las papilas gustativas, tan grumoso que se pegaba del paladar, así las cosas era mejor aprestarse al viaje sin comer nada.

Caminó por las desoladas calles del pueblo y sin que su andar flemático lograra vencer la distancia, -por ahora no iba a correr rompiendo el viento- daba pasos desiguales que retumbaban dejando un eco que se ahogaba en la mente, pesados, insufribles, empujando el pasado y el futuro atados a una cadena con bolas de hierro, sin esperanza, sin permitirle avanzar; en realidad parecía que los veintisiete años vividos eran toda una existencia remolcando esos grilletes unidos por sus eslabones, los mismos que durante mucho tiempo, esperaron a ser desencadenados.

Llenó los pulmones de aire con un suspiro hondo, casi escandaloso, queriendo consumir todo el oxígeno que había en el pueblo, y se obligó a destronar el desaliento, el fuerte viento que hacia mecer las ramas de los altos árboles de lado a lado aparentaba saludarlo, a medida que avanzaba hacía el parqueadero recorría con la mirada las calles, no concebía porqué de la noche a la mañana el pueblo había mudado sus aires, lo que antes era atrayente hasta la seducción ahora se tornaba caricaturesco, deslucido y antiestético, las adoquinadas calles que ayer admiraba por ser tradicionales y románticas hoy eran arcaicas, la temperatura pasó de la calidez al acaloramiento con cara de hoguera, los balcones coloridos y primaverales estaban marchitos y descoloridos, los altos y centenarios samanes se habían reinventado, ya no eran un techo verde que cubría todo el parque, ahora estaban lánguidos y de color cetrino y cuando el sol se pusiera en el cenit ya no iban a plasmar la sombra de antes, entre sus ramas se iban a escurrir rayos dejando uno, y otro, y otro haz de luz, si, definitivamente todo estaba cambiado. Subió al auto y manejó sin salirse de las demarcaciones por toda la linde del camino, el día estaba claro, sin nubes, el viento entraba fuerte por la ventanilla y traía consigo un toque de vapor caliente que se batía sobre el rostro.

-Todo el intríngulis de la naturaleza- Pensó, mientras flanqueaba el margen de las montañas dejando atrás como un borrón las asentadas casas que se hallaban espaciadas unas de otras, pasó bajo techos o túneles de marquesinas verdes, florecidas, de bambú, y hasta de naturaleza muerta, reseca, marchita, agrietada... como él.

DEL CLOSET A LA FOSA

Dos horas después ya estaba a los pies de la ciudad, la cruzó mientras ensartaba un pensamiento con otro como si tejiera un collar de cuentas; un camino angosto lo condujo hasta el final de una calle donde descubrió a Luz María que como siempre se veía tan pulcra, acicalada, casi relamida y ataviada dentro de una emperifollada vestimenta; ella trató de sonreír pero el gesto fue más una mímica desventurada que se le perdió en las comisuras de los labios; con un abrazo manifiesto lo envolvió por la cintura y después subieron contando uno a uno -como cuando eran niños- los quince escalones que los conducía al segundo piso del consultorio, se arrellanaron en dos agrietadas e incómodas sillas que parecían describir historias amargas, y esperaron.

La mujer vestida de blanco lo miró por largo rato, la mocedad de Alberto la estremeció, y habría conseguido llorar si no tuviera los lagrimales tan llenos del botox que le matriculaba una insuperable cara de excéntrica muñeca; entonces su voz reverberó en el salón:

- Pase por favor –

Lo dijo haciendo un gesto que remató la invitación con algo semejante a una genuflexión. Pero Alberto, con el cerebro en pausa, (como si tuviera un coágulo que ni adelantaba ni retrocedía) enfocó la indicación hacia otro destino, y entendió:

-Muerto en el corredor-

Y sí, él era como un reo que iba derecho a la cámara de gas... en el corredor de la muerte.

-Siéntese-

Instó un médico calvo que aparentaba tener una extensión de la frente...hasta la mitad del cráneo, que le otorgaba una insuperable cara de inteligencia, de lejos aparentaba tener una mente brillante.

-Revivió Einstein- Pensó Alberto, pero el hombre, indiferente a los aspavientos interiores de su paciente seguía en su computador, igual que escritor dedicado a sus letras.

-Cuénteme-

Intercaló la palabra y los gestos con un prolongado silencio, y Alberto sintió apaleada la piel por un sonrojo ofensivo tuvo que sacudir la cabeza, el término tan marcado lo hizo decrecer, involucionar, el corto mensaje había sonado afrentoso, quedó encallado dentro de él, embotellado en una encerrona caliginosa, buscó en su mente y no encontró las palabras, no sabía que “contar” sus pensamientos viajaban dando trompos por el cerebro, creyó que cruzaba el océano agarrado a una tabla que pronto lo dejaría a la deriva; sin saber cómo hacer hincapié a sus dolencias comenzó a sentir que el entendimiento se le calentaba, un vaho había subido y estaba dándole una paliza mental, tenía las ideas cirrosas y las palabras no fluían, un sudor frío lo fue bañando cuando destiló saliendo desde el cuero cabelludo, y filtrándose por la frente se paseó goteando camino abajo por todo el rostro...su otrora bello rostro. Y mientras una enorme ola se alzaba y recorría su cuerpo arrasando todo a su paso, el retintín de la palabra seguía tronando en su mente desdibujando y multiplicando el verbo “contar” hasta transformarlo en: ¿Jura usted decir la verdad? El médico se le había convertido en un juez...muy “enjuiciador” entonces, pestañeo y se imaginó frente al sanedrín, volvió a parpadear y ya estaba en primera fila, esta vez a la vista de Poncio Pilatos, porque definitivamente el galeno parecía pensar: Me lavo las manos pero lo mando crucificar.

Nunca se había definido en su vida, no sabía a ciencia cierta si él era el, o ella, hombre o mujer, o si los dos géneros estaban ensamblados dentro de su ser, y eso hacía más persistente el azaroso momento sin saber que decir... ¿Solicitaba

DEL CLOSET A LA FOSA

un examen de próstata, o uno de cuello de útero, le dolían los ovarios o los testículos? Entonces, miró persistentemente al hombre detrás del escritorio que se apreciaba hinchado de soberbia hasta el tope, como si fuera un chinche repleto de sangre, o como si aún viviera en la época en la que ser médico imprimía el sello de la más alta aristocracia en la sociedad; y aunque su ánimo caminaba sobre una cornisa o en una delgada cuerda de trapecista, la mente le dio un respiro haciendo una acrobacia para defenderse.

-Hace un mes te habría hecho trenzas con los cuatro pelos que te quedan en esa...bola de billar –

Ponderó en su cabeza representando su propia comedia y apretando los dientes para que la frase no saliera dando estacazos por todo el consultorio; sin atreverse a gastar palabras que importunaran al médico...que parecía dispuesto a ponerle una inyección letal, y mientras se destacaba en el aire un silencio de grupo de oración, arrebató de entre el bolsillo un papel que desplegó y lentamente aplanchó con los dedos, el pliego no era precisamente un fino manuscrito, no era un papiro, era su título, la única credencial que había conseguido en la vida, decía: Portador VIH. Sin articular palabra lo emplazó sobre el escritorio y progresivamente lo deslizó con el dedo índice hasta el galeno...hubiera preferido doblarlo y enterrarlo en lo profundo del bolsillo de la blanca y almidonada bata quirúrgica para que no lo leyera, hubiera querido que lo escrito fuera un anagrama indescifrable, pero no era así, ese pequeño papel ahora se había convertido en su documento de identidad; así las cosas, se dejó estar, sentado frente al médico... y parado en el reborde de su abismo, con un pie en el aire, a punto de saltar a un acantilado.

3-El show debe continuar

Tres semanas después la postración era absoluta, todo dolía, cada musculo, hueso, poro, hasta la piel parecía haber sido arrastrada con una lija al punto de despellejarse, un tormento trepanaba detrás de los ojos, quería respirar hondo y sumergirse en algún método de conciencia pranica pero era muy tarde para aprender esa técnica, así que los suspiros volaban por doquier, estaba aniquilado y tan extraviado como la ciudad perdida de la Atlántida; se tumbó en la hamaca meciéndose con movimientos suaves, Laura –su madre- le extendió la mano con la botella de agua y sin decir palabra lo balanceó como a un bebe en su cuna, hasta que Morfeo hizo su trabajo, lo desconectó, lo hundió en un profundo letargo.

A las cuatro de la mañana abrió los ojos, sintió una broca que taladraba en el estómago, y después seguía camino arriba hasta perforar los sesos, no era un dolor que partiría con un sana que sana, entonces era urgente tener la voluntad de olvidar la molestia, rodó la mirada hasta la ventana, el aire estaba más espeso, muy denso, desde su cama observó la tupida neblina que cubría el patio y no le permitía ver las plantas, el viento helado que entró por una hendidura para barrer la cara lo hizo temblar obligándolo a cubrirse, absorto miró por largo tiempo el techo de su habitación en la que estaba dibujada la constelación de Orión que iluminaba para dejar ver la figura del guerrero que la representa; hasta que su mirada voló hacia la mesa de noche, el portarretrato que antes reposaba con una desteñida y sepia fotografía de cuando era niño había sido destronado por los antiretrovirales, tampoco estaba la lámpara de luz, a esta la había desbancado un cartapacio de instrucciones para consumir las vitaminas en pastillas o los frascos con jarabes, -aunque no sirvieran para descontaminar la sangre, la misma que ahora echaría a perder hasta la dieta de Drácula- y el lugar del libro lo había heredado una fórmula con la prescripción médica que de memoria ya conocía, no podía olvidar los horarios para consumir la medicina porque dejarlos de lado significaba ver arribar muy puntal el expreso a “ciudad dolor” que llegaba sin falta a su estación cada ocho horas.

-Todo un altar de pastillas- Anotó, con un suspiro que le llegó hasta la planta de los pies. Era una realidad, todo estaba debidamente seleccionado y ordenado para tomar en los horarios decretados.

Cerró nuevamente los ojos y aspiró profundamente un penetrante olor a café tostado y recién molido que salía de la cocina y se levantaba en una espiral de humo perfumando la casa. Con dificultad se incorporó y su razonamiento talaró con fuerza cuando abarcó la magnitud de lo que implicaba no poder saltar de la cama. Se arrastró hasta el baño, el haz de luz que chocó contra el espejo lo obligó a voltear hasta quedar frente al cristal, la imagen que le devolvía el vidrio plano con rebordes de aluminio se dibujaba con mucha intensidad, y era la de una calavera, miró sin asombrarse, y con ironía sonrió al ver aquella metamorfosis que lo estaba despojando de toda belleza; la mano izquierda viajó hasta la pared para apoyarse con fuerza y así ayudarse a permanecer de pie, extendió la otra mano hasta el espejo y con sarcasmo fue dibujando la silueta de aquel esqueleto.

Apunto de salir se acurrucó en un rincón de la sala, miró con detenimiento cada detalle de la estrafalaria decoración, muy retro, los muebles viejos eran de una pluralidad extrema, todos dispares, incomparables, discordantes en su género, generación, medida, importancia, y línea, ninguno hacia juego con otro, pero su madre no concebía la palabra donación, así que tuvo que vivir sus veintisiete años en medio de todos esos fantasmas de mobiliarios con nombres propios que eran todo un testamento familiar, algunos vestidos de flores otros de cuadros, otros de rayas, cojines de terciopelo, de satín, de bordados, de calados, y cada uno contaba la historia, el momento y la época especial de la parentela, todo su árbol genealógico estaba plasmado en esas vetustas reliquias, como el juego de sala de la abuela, que no era

DEL CLOSET A LA FOSA

solamente una sala inútil para dejar asentar las posaderas, eso no había sido elaborado de naturaleza muerta, ¡no, esa sala casi hablaba! la mesa de centro de fina madera contaba con sus propias características y cualidades, al levantar la tapa que la recubría se podía descubrir todo un mundo, el tapizado interior estaba inventado para muchas otras funciones, era un espejo, ¡que servía de tocador! su madre acomodaba las revistas allí, lo cual convertía la mesa-cajón en ¡biblioteca! en un compartimento guardaba zapatos, ¡era un zapatero! en otro compartimento acomodaba sus accesorios en desuso, ¡era un joyero! en fin, todo estaba junto, servía para muchas finalidades. Volvió a rodar la mirada y se tropezó con el panel de madera debajo de las escalas donde las sorprendentes y multifacéticas porcelanas se encontraban adornando aquel rincón casi escondido... había que cuidarlas mucho porque eran de la tatarabuela, traídas en barcos que cruzaron el mundo hacía muchas décadas, venían de lejanos países, y para fortuna de la familia, su mamá se había convertido en la conservadora guardiana de aquellas reliquias.

Pero él no volvería a ver nada retro, en adelante todo sería muy moderno, muy científico, muy vanguardista, muy ciber, muy actual, las últimas tendencias en descubrimientos médicos, en una cama con tecnología de punta, casi de la nasa, libre de ácaros y equipada para prestar el servicio de masajes anti escaras...le esperaba todo un futuro "imperfecto"

Cubrió su rostro con las manos y lloró desconsoladamente, luego, se despidió de Laura, que fijaba sus sellos de paz, de sus plantas, que le imprimían el tinte de vida, de sus flores, que le estampaban un timbre de alegría, de su casa, que lo cobijaba, del pueblo...que lo soportaba; empacó en una maleta la vida que le había correspondido llevar, en fin, estaba por cerrar el libro, a sus veintisiete años la historia estaba por terminar.

Con el dorso de la mano extendida miró el reloj.

-Cinco y treinta-

Recitó en voz alta, mientras tropezaba con el árbol del antejardín y las gotas de rocío se desplomaban sobre su rostro; el caminar marcial lo había abandonado, ahora marchaba con pasos desgarbados, temerosos, consideró que estaba engranado, pero con las pocas fuerzas que lo acompañaban se escurrió por la desolada calle... sabiendo que jamás regresaría, no retornaría a lo que había conocido. Laura -su mamá- lo acompañó desde la ventana mirando a través del vidrio empañado, suspiró hondamente conteniendo las lágrimas, sus ojos estaban paralizados en el andar de su hijo que parecía arrastrar un elefante de la cola, sus pisadas torpes, pausadas, lentas e inseguras le produjeron el ramalazo de un dolor subiendo desde los talones y arrasando todo el cuerpo para suscitar un escalofrío que la hizo estremecer, observó hasta que la imagen se convirtió en una pequeña marca dibujada en el fondo de la empedrada callejuela; y allá, donde se vuelve a empinar la vía, su hijo dio media vuelta y encumbró la escuálida mano para despedirse, Laura se obligó a pestañear varias veces, le pareció que el izaba el cartel de un obituario que decía:

Descanse en paz.

Al doblar la esquina Alberto se encontró con las solteras entradas en años, las mismas que iban camino a la santidad, casi listas para subir a los altares, solo les faltaba un poco de misericordia, compasión, piedad, perdón, clemencia, después de eso cada una tendría su propio templete, para ser justos, su capilla, porque todas las mañanas antes del ángelus salen a rezar el rosario de aurora por las calles del olvidado pueblo, y aparentan portar un letrero fosforescente que dice:

DEL CLOSET A LA FOSA

-¡Arriba la clemencia, abajo el pecado! Rezamos, al por mayor y al detal, en bautizos, primeras comuniones, confirmaciones, matrimonios, ordenaciones, entierros... y cacerías para quemar de brujas-

Pero al verlo, como siempre, se escandalizaron sin dejar espacio para la caridad, menos la tolerancia...y mucho más lejos, a una distancia de la tierra a Neptuno había quedado la clemencia, apretaron fuerte su camándula mirándose y estrujándose unas a otras con los codos, porque él se les antojaba, además de hereje: Indecente, obsceno, desvergonzado, impuro, pornográfico, pecaminoso, lujurioso, sicalíptico, inmoral, por lo demás también era como una rata gris, (aunque para su familia solo fuera una oveja negra) que ponía el orden social en consideración; así las cosas, les venía como anillo al dedo lo de: A Dios rogando pero con el mazo dando, ¡y por supuesto! ellas se podían dar el lujo de señalar con el dedo bien apuntado por lo ecléctico de sus vidas, y además porque los madrugones para rezar habían asegurado un hatajo en la conquista del perdón, y las puertas del cielo estaban abiertas de par en par, con el mismísimo San Pedro en persona esperándolas para hacerlas parte del santoral... por algo eran la mano derecha del párroco, invitadas de alto turmequé en las asociaciones de caridad, miembros de las juntas de benefactores, etc, todo sin contar su reconocimiento en la curia, lo cual certificaba altos honores celestiales, aunque tuvieran la caridad bien racionada, con nombres propios y situaciones convenientes, y el muestrario de misericordia no incluía ningún gay escandaloso, ellos que se las arreglen con sus aspavientos vulgares o sus tormentos interiores, después de todo... quien los manda, aunque, de todas maneras iban a rezar mucho, encumbrarían sus oraciones con solicitudes de perdón por esa "alma en pena"

-Estas viejas lengüilargas no se dejan coartar su libertad de expresión...o de chismorreos. Corran a prenderle una vela a la Virgen y otra al diablo, así, pecan, rezan y empatan, y aligeren los pasos o se les va el olor a incienso.

Murmuró Alberto con la mandíbula apretada mientras ellas se quedaban rezagadas en el camino confeccionando su chisme-

Subir al autobús fue un ejercicio medio absurdo, medio vulgar, era algo melodramático ver la escalerilla a pocos centímetros... casi inalcanzable. Le ordenó al pie derecho levantarse y posarse en la escala, azuzó al resto del cuerpo a impulsarse hacia arriba, hostigó las manos a presionar la barandilla para mantener el equilibrio, un pie adelante, uno atrás, el mismo ejercicio de siempre, hasta que muy merecidamente consiguió una silla, que sintió como un trono, y allí, sentado como un rey, emprendió su viaje a la cita con la vida, la muerte...

El vehículo, que parecía un enorme cien pies lleno de gente, inició su recorrido y se abrió camino cuesta abajo desde las encumbradas montañas para descender pesada y perezosamente por el margen de la carretera, salió rebotando de un barranco y se internó en una curva, salió de la curva y colindó el precipicio, salió del precipicio y entró en la carretera destapada, luego en la pavimentada, poco a poco desnudó todos los abismos que envuelven la travesía, y así fue dejando atrás el empedrado pueblo que se perdió de vista envuelto en los círculos del polvo del camino mientras se adentraban en las montañas de la cordillera de los Andes.

Abrió toda la ventana y sacó la cabeza, el viento pasó como un ciclón que le anudó la garganta sofocándolo, mientras un rayo de sol se iba dibujando en el oriente y entraba en los bancos de neblina para disolverla, cerró los ojos y escuchó el canto de los pájaros, volvió y los abrió y observó boquiabierto, ¿Dónde había estado toda esa belleza natural que apenas descubriría? quedó extasiado con la visión, en el horizonte una gran bandada de aves migratorias formando una amplia y sobresaliente V estaba surcando el cielo en perfecta armonía, y así, zambullido en la cortina de aire que lo amordazaba imaginó cómo sería volar.

Luz María lo esperó desde muy temprano en la terminal de buses, le fueron indiferentes la muchedumbre yendo y viniendo, y el bullicio que se enarbolaba en el aire y viajaba dentro de un embudo formando remolinos de sonidos desiguales que se mezclaban entre silbatos de carros, sirenas de ambulancias, murmullos de gente, siseos del viento, abu-

DEL CLOSET A LA FOSA

cheos de transeúntes; los pensamientos le llegaban intermitentes, tenía la sensación de estar temblando por dentro, una especie de maquina demoledora le taladraba y después barría entre el pecho y los pulmones dejando una opresión que no le permitía respirar bien. A lo lejos lo divisó, sabía que era su hermano porque ya no caminaba... se arrastraba como si fuera un pingüino con zapatos... estrechos.

Su mente dio un molinete e imaginó que de no alcanzarlo pronto rodaría por las escaleras, templó el espíritu, quería aligerar los pasos para ir a su encuentro pero sentía los pies de plomo, fuertemente asegurados al piso y era una verdadera odisea impulsarlos, no lo lograba, los pasos iban en cámara lenta; hasta que por fin logró vencer la distancia, cuando lo alcanzó y los macilentos brazos de Alberto se escurrieron sobre sus hombros sintió un golpe de frío que llegó directo de las resecaas manos de él, pero no dijo nada, emprendieron el lento descenso, humillados con cada peldaño conquistado.

En el parqueadero la puerta del copiloto permanecía abierta, pero Alberto se tomó su tiempo para subir, el momento fue precedido por una exagerada ceremonia, hasta que finalmente se lanzó dentro, pegó su cara al vidrio mientras miraba el borrón de las casas y calles que iban dejando y no perdió ni ripio del insufrible eco del GPS que no se callaba ni debajo del agua: Gire a la derecha, gire a la izquierda, vuelva en una U, cámara de foto-multa, ¿Cuándo diría, ya llegó?

La luz del semáforo en rojo los obligó a detenerse, Luz María giró la cabeza y no le quitó el ojo, pero lo que observó se le arremolinó en el cerebro de forma caótica, una calvicie comenzaba establecer su dominio sobre la abundante melena que hacía poco humillaba a propios y extraños, y la piel que antes despilfarraba sedosidad ahora se notaba terrosa y parda, estaba muerta, era definitivo, la magia del mundo había terminado en aquel viaje sin retorno.

-Es aquí- Escuchó el retintín de su propia voz y frenó en seco alcanzando a vaciarse hacia adelante. Estaban de nuevo en un consultorio médico con la esperanza de curar...lo incurable, en el lugar se enquistaba un silencio pesado, ofensivo, y un escalofrío arrasó por dentro haciendo que Alberto se estremeciera con fuerza, empezó a traspasar copiosamente cuando el frío galeno se tomó su tiempo para introducir las manos en los asépticos guantes de cirugía.

-Acuéstese, voy a echar un vistazo-

Al horadar el camino entre la camilla y el cuerpo la sensación fue de vértigo, sintió que se hundía en un hoyo profundo y no hubo socorro para su humanidad hasta que encontró la parte plana de la cama; y sin aventurarse a separar las pestañas escuchó el repiqueteo de una voz.

-Abra la boca-

Alberto sintió que lo estaba examinando con una lámpara de rayos ultravioleta que le tomaba fotos desde las amígdalas hasta el bajo vientre, como si por allí pudiera observar algún serio problema de próstata...

¿Le duele la cabeza?

-Sí, mucho- Respondió medroso.

Demasiado, como si llevara por sombrero un aplasta-cabezas para torturas de la edad media, pensó.

-¿Duele aquí?-

Estrujó el bajo vientre.

-Si-

DEL CLOSET A LA FOSA

Comprimió a los costados y Alberto sintió que todo dentro del estómago se prensó.

-¿Y aquí?-

-También-

-Dolor recurrente o esporádico-

-Duele todo el día, a todas horas-

Y mientras el uno pensaba en su tragedia, el otro pensaba en su estrategia, para derrotar la enfermedad.

A pesar de un violento sentimiento de vergüenza que le apaleaba, Alberto se dio licencia a sí mismo para mirar entre alternados pestañeos al hombre que con la punta de los dedos pulgar e índice le alzaba los párpados y los ensanchaba para ver con una linterna las amarillentas pupilas que por efecto pánico ya se encontraban dilatadas.

El médico empequeñeció los ojos, algo en su cara era irónico, caustico, mordaz.

-¿Me está haciendo una autopsia? –

Pensó, y aspiró una gran bocanada de aire para recordarle que estaba vivo...aun.

El galeno lo miró tan largamente que Alberto quería mostrarle hasta los dientes, como un caballo, o un criado a punto de ser vendido en época de esclavitud, marcado con una braza caliente con un sello de:

-Gay vendido-

La mirada del hombre fue tan inmodesta que cuando lo soltó su mente cayó en un patatús, en un hoyo, y chapaleaba para poder salir pero no podía; prestó atención a unas voces acusadoras que se abrían paso en el cerebro, hasta que la pataleta mental hizo lo suyo, y las palabras en su cabeza cobraron vida; creyó que era dos personas, se había partido en dos Albertos, uno flotaba en el aire y se burlaba del que estaba firmemente anclado al piso.

Tardó para regresar del mundo paralelo donde se había zambullido y cuando volvió en sí...o en no, se dio cuenta que solo estaba en un desvarío, se lo ratificó la cara del médico que parecía tener los pelos de punta como si por arte de magia a su paciente le fueran a salir unos largos colmillos de vampiro con los que le chuparía su sangre azul no contaminada. Así que después de unos interminables minutos de preguntas sin volver a dirigirle la mirada introdujo las manos en el bolsillo de su blanca camisa y dijo:

-Se queda hospitalizado, tiene tuberculosis gastrointestinal-

-¿Y eso se cura?

-En su caso...se trata.

-Luz María, será más fácil que a Drácula se le llenen las venas de sangre y le suba un chorro disparado al cerebro, a que este médico se conduela con mis tormentos- Le susurró a su hermana mientras ella lo apalcaba para arrastrarlo hasta un buró donde llenaría formularios y firmaría documentos; a estas alturas ya comenzaba a tener serias dudas acerca de que la muerte por causas “naturales” prometiera muchos atractivos, ahora, en la práctica, se estaba masticando un proceso lento y desmoralizador, lo cual le hacía pensar que si existiera otra alternativa sería mucho mejor evitar la agonía a como diera lugar, pero mientras tanto... luces, cámara, acción, porque el show debe continuar.

DEL CLOSET A LA FOSA